1918

LA VICTORIA DE MAIPU

1818 - 5 de Abril - 1918

SUMARIO: Antecedentes. — Cancha Rayada. — Esfuerzos titánicos. — El Campo de Maipo. — Los dos ejércitos. — La gran batalla. — En la Hacienda de Espejo. — San Martín y O'Higgins. — La libertad de Chile.

Hace poco más de un año que el pueblo argentino celebró con júbilo y entusiasmo el glorioso centenario del Paso de los Andes y el primer triunfo de las armas argentino-chilenas en la Cuesta de Chacabuco.

Después de aquella victoria, ganada el 12 de febrero de 1817, los restos del ejército realista a las órdenes del bravo coronel Ordóñez, se situaron en Concepción, única región del territorio chileno que entonces dominaban las fuerzas del Rey. Los patriotas entraron triunfantes en Santiago, restablecieron el Gobierno Independiente y eligieron para el alto cargo de Director al valiente general don Bernardo O'Higgins. Realizados estos actos, San Martín volvió a Buenos Aires para negociar la futura escuadra que debía conducir la expedición libertadora del Perú.

O'Higgins, siguiendo instrucciones del general argentino, envió a Las Heras para combatir al valeroso Ordóñez. El 5 de abril (1817) triunfó sobre las tropas realistas en la hacienda de Curapalique y un mes más tarde, el 5 de mayo del mismo año, consiguió de nuevo un señalado triunfo sobre Ordóñez, obligándole a encastillarse con sus tropas en la fortaleza de Talcahuano, península bien artillada y, en aquella época, inexpugnable.

Las Heras y el mismo O'Higgins combinaron todos los medios imaginables para apoderarse de la formidable posición ene-

(1) El señor Elías Lizama en un erudito artículo («La Unión», Concepción de Chile, 16 febrero, 1918) prueba con sobradas razones que debe decirse Maipo o Maipu y no Maipú. Aunque entre nosotros, suele comúnmente acentuarse la última sílaba, debemos advertir que, a excepción del señor José J. Biedma, ninguno de los buenos historiadores argentinos ha escrito Maipú: Mitre y López siempre escribieron Maipo; Pelliza y L. V. Varela han adoptado Maipo. Mitre («Historia de San Martín», t. II, pág. 185) y Varela («Historia Constitucional», tomo III, pág. 109) discuten esta minucia filológica.

miga. Todo fué inútil, aun el atrevido y valiente ataque que el 6 de diciembre (1817) realizaron con heroísmo las tropas de la patria.

*

* *

Persistían los patriotas en el sitio de Talcahuano cuando supieron que Ordóñez acababa de ser socorrido con una expedición de 3.500 veteranos al mando del orgulloso general don Mariano Osorio. Unidas estas fuerzas a las tropas de Talcahuano llegaban a un total de 5.000 hombres. Ante esta respetable fuerza cedieron los patriotas y se replegaron hacia la ciudad de Concepción, pasaron el río Maule y siguieron la vía de Talca, en cuya dirección debían encontrar a San Martín.

Los realistas, en vista de la retirada del poderoso ejército patriota, fuerte de 9.000 hombres, salieron de sus fortificaciones y emprendieron la persecución de los mismos. En la tarde del 19 de marzo (1818) llegaron ambos ejércitos a las inmediaciones de la ciudad de Talca. Osorio rehuyendo el combate se refugió en la ciudad; San Martín acampó al oriente, en Cancha Rayada.

Entre ocho y nueve de aquella aciaga noche cayeron los atrevidos realistas sobre el desprevenido ejército patriota que en esos momentos cambiaba de posiciones. El desastre fué completo; el hecho de ser agredidos en sus posiciones, el tumulto que se formó en las sombras, la disparada de los caballos y la ninguna disposición preventiva para el caso, hicieron más recio el desastre y en los primeros momentos se creyó todo perdido. El general O'Higgins fué herido en el brazo derecho mientras sostenía con denuedo el honor de las armas patriotas; San Martín, según testificaban algunos soldados, había quedado muerto en la refriega. (1).

El triunfo de los realistas fué grande, pero felizmente no supieron aprovechar las ventajas allí obtenidas, ya fuese por las disensiones entre Osorio y Ordóñez, o por el cansancio y las serias pérdidas que la acción de Cancha Rayada causó a sus tropas.

*

* *

Triste fué el amanecer del día 20 de marzo de 1818. Al alum-

(1) En opinión de López «el general argentino se había perdido por exceso de arte, por exceso de habilidad, y por la mala ejecución de sus órdenes». «Historia Argentina», t. VII, pág. 178.—Véase también Mitre: «Historia de San Martín», t. II, pág. 132; M. Olazábal: «Episodios de la Independencia», pág. 19; Barros Arana: «Historia de Chile», t. II, p. 358; Biedma: «Atlas», lám. 15.

brar el sol los campos de Cancha Rayada y los que median entre los ríos Lircay y Maule se pudieron ver desparramados por doquier los trenes, bagajes y muladas del glorioso ejército de los Andes. (1).

La noticia del desastre llegó a Santiago en la tarde del 21 de marzo e hizo que el pavor se difundiera en la amedrentada población. La consternación era general y muchos se disponían a emigrar a Mendoza. El día 22 llegó la noticia de que San Martín se hallaba en San Fernando reuniendo los dispersos y el día 23 llegó a Santiago el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4.000 hombres. Pocos dieron crédito a estas noticias y fué necesaria la presencia de O'Higgins (día 24) para disipar en parte los temores de la población. La misma noche que llegó a Santiago asumió el mando y convocó una reunión a que concurrieron todas las corporaciones. O'Higgins estaba taciturno, pero sereno. «He visto todo, dijo, y abrigo la profunda convicción de que hemos de salir vencedores en la primera batalla». Comenzó a allegar elementos de guerra, acuarteló las milicias para remontar el ejército, hizo reunir el armamento, se compraron fusiles a cuenta de la próxima victoria y se encendieron las fraguas de la maestranza. (2).

En la noche del 25 llegó San Martín a Santiago. El pueblo numeroso y compacto se agolpó en la plaza para interrogar cuál era el porvenir de la patria. En un breve discurso que ha conser-

(1) El desastre de Cancha Rayada produjo en la capital consternación y espanto que agravaron las falsas o exageradas noticias de los soldados dispersos y hasta de algunos oficiales o funcionarios, como el Mayor Arcos, Monteagudo, y el indigno General Brayer, que habían estado cerca de San Martín y gozaban de su confianza». Lamarca, «Historia de América», t. II, pág. 703. Brayer ha pasado a la historia fulminado por el mismo San Martín, que llegó a despreciarle delante de sus camaradas; el Mayor Arcos fué obligado a asistir «como soldado» a la batalla de Maipu, aunque después de ella fué rehabilitado por el mismo San Martín; Monteagudo, el único asesino de la revolución argentina y cuya conducta fué tan indigna como la de Brayer, es al presente el idolo de muchos inconscientes y desconocedores de sus téticas maquinaciones. Creemos que ya ha llegado la época en que los argentinos debemos distinguir quiénes fueron héroes y quiénes meros asesinos, y dar a unos y a otros lo que merecen.

(2) «O'Higgins multiplicaba sus esfuerzos y sus órdenes para reunir elementos, sin darse una hora de descanso, no obstante que la grave herida del brazo comenzaba a poner en alarma a sus médicos. Agravada por la necesidad de firmar tanto papel a cada instante, fué preciso mandar grabar una estampilla con su nombre para evitar las malas consecuencias de aquel esfuerzo». López: «Historia Argentina», t. VII, pág. 185.

vado la tradición y reproducen las historias (1), expuso el adalid argentino la casualidad del desastre de Cancha Rayada y terminaba asegurando que muy en breve tendría la felicidad de concurrir a dar un día más de gloria a la América del Sur. La sola presencia del héroe restableció el equilibrio moral del pueblo y se aprestó éste para defender la patria que debía jugarse al azar de una batalla.

De gran ansiedad y terribles afanes fueron para San Martín y O'Higgins la última semana de marzo. Con una rapidez asombrosa se organizaba la fuerza y la moralidad de las tropas, tomándose todas aquellas medidas de esmerada previsión para el caso en que la fortuna fuera adversa.

Los trabajos militares, escribe Mitre (2), se activaron, los cuerpos se remontaron, establecióse un campo de instrucción a diez kilómetros al sud de la ciudad, en el llano de Maipu, donde se reunieron los regimientos de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación.

El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonazos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho jirones, llevaba la espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas (3). Es indudable que después del General en Jefe, fué Las Heras el hombre del momento tanto en Cancha Rayada como en la gloriosa victoria del 5 de abril.

(1) «¡Chilenos! Una de esas casualidades que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir un contraste a nuestro ejército. Era natural que un golpe que jamás esperabais y la incertidumbre, os hiciese vacilar. Pero ya es tiempo que volváis sobre vosotros mismos y observéis que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente, y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo.

Al mismo tiempo que los enemigos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos, yo dejo en el cuartel general una fuerza de más de cuatro mil hombres sin contar las milicias. Me presento a aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte; y regresando muy en breve al cuartel general, tendré la felicidad de concurrir a dar un día más de gloria a la América del Sur».

(2) «Historia de San Martín», t. II, pág. 182.

(3) Véanse Mitre, «Historia de San Martín», t. II, pág. 182; H. de la Quintana, «Memorias» (Bs. Aires, 1918), pág. 44; Sanfuentes, «Chile desde Chacabuco hasta Maipu», pág. 85.

Como a una legua al sur de Santiago se extiende la llanura de Maipu, limitada al oeste por el río Mapocho y al norte por este mismo río y las serranías de San Bernardo. Al este la rodean estas mismas serranías y al sud el río Maipo. De noreste a sudoeste se levantan varios montículos y algunas lomadas que rompen la uniformidad de la histórica llanura. Una de esas lomadas es conocida con el nombre de Loma Blanca a causa de su naturaleza caliza. Frente al extremo sudoeste de esta loma se levanta, a pocos kilómetros de distancia, otra más alta y más irregular. Su forma es triangular, con uno de sus lados en línea paralela con la extremidad sudoeste de la Loma Blanca. Entre ambas lomadas se extiende una depresión del terreno u hondonada longitudinal de unos seis kilómetros de anchura en la parte más ancha y de solos dos en la más estrecha.

El vértice sudoeste de la loma triangular está ocupado por la Hacienda de Espejo y a ella conduce un callejón en declive como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, limitado a derecha e izquierda por viñedos y potreros. (1).

La víspera del día de la batalla ocupaba el ejército patriota la extremidad sudoeste de la Loma Blanca, punto estratégico, pues desde él se dominaban todos los caminos que conducían a Santiago. En la tarde del día 3 de abril llegó Osorio a las inmediaciones de la Hacienda de Espejo, reconcentró allí sus bagajes, pero, vacilante como siempre, trató de esquivar todo encuentro con el ejército patriota y aun llegó a proponer en junta de guerra, una retirada a Valparaíso, a la sazón bloqueada por la escuadra española. Ni Ordóñez su segundo, ni Primo de Rivera, Jefe del Estado Mayor, ni los arrogantes veteranos de su ejército quisieron secundar sus planes de retirada y le obligaron a no demorar las operaciones. Se resignó Osorio a aceptar la batalla y a este efecto, en la tarde del 4 de abril, tomó posiciones con su ejército. En la mañana del día 5 el ejército realista ocupaba el vértice Este de la loma triangular y frente al ejército patriota.

*
*
*

El ejército realista constaba de cinco mil doscientos combatientes y sólo cuatro mil novecientos formaban el ejército argen-

(1) Véase el plano de la batalla de Maipu publicado por J. J. Biedma, en su excelente «Atlas Histórico», lámina XV.

el adalid
y termi-
e concu-
sola pre-
blo y se
azar de

Martín y
asombro-
omándose
so en que

aron, los
rucción a
pu, donde
dos bata-

anna salva-
razos y las
te las con-
lamaciones
vestía un
pada en la
tud del sol-
Es induda-
el hombre
rriosa victo-

Jo al hombre
d que un gol-
illar. Pero ya
ne el ejército
que vuestros
in inagotables

punto de sus
za de más de
aseguraros del
breve al cuar-
nás de gloria a

. 182; H. de la
es, «Chile des-

tino-chileno. Unos y otros eran mandados por jefes de alta reputación y de singular pericia. Secundaban a Osorio hombres avezados a la lucha como el coronel Beza, Morlo, Primo de Rivera, Morgado y más que nadie el astuto, infatigable y previsor brigadier Ordóñez (1). En el ejército patriota se hallaban las primeras espadas de la América: Las Heras, Balcarce, H. de la Quintana, Freire, Cruz, Zapiola, Alvarado, E. Martínez, de la Plaza, Bueras, López y los dos Escaladas, sin contar un buen número de oficiales extranjeros de mérito, que habían venido de Europa a combatir por la causa de la libertad y entre los cuales figuraban Beauchef, D'Albe, Viel y Brandsen, franceses; O'Brien, Lowe, Lebas y Thomson, británicos. Argentinos, chilenos y extranjeros contaban con una victoria segura, pues nadie había en el ejército patriota que pusiera en tela de juicio las relevantes dotes del que era generalísimo de las fuerzas aliadas. «Supo San Martín infundir a todos su confianza, y en este concepto, dió instrucciones detalladas a sus jefes en vísperas de la batalla, a ejemplo de Federico: En ellas disponía que la dotación de municiones de cada soldado sería de cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les daría una ración de vino o aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo a sus tropas, imponiendo pena de la vida al que se separase de las filas avanzando o retrocediendo, y advertirían a la vez, de un modo claro y terminante, que si veían retirarse algún cuerpo, era porque el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan. Terminaba sus «Instrucciones» con estas palabras: «yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército, a los que encargo tengan presente estas observaciones». (2).

*
* *

Como en todos los hechos históricos que pasan en el mundo, nunca falta un inglés que dé testimonio de ellos, nos valdremos, para describir esta batalla, de la sucinta y acertada narración de Mr. Samuel Haigh. Era éste un viajero inglés que a la sazón se hallaba en Santiago por asuntos de comercio, y habiendo entrado

(1) Ordóñez había sido en Cádiz compañero de armas de San Martín. Véase Fregeiro, «Monteagudo», pág. 210.

(2) Mitre: «Historia de San Martín», t. II, pág. 193.

en relaciones con San Martín, asistió a la batalla, formando parte de la escolta del mismo. (1).

«Era la mañana del domingo 5 de abril, la época más deliciosa del año en Chile; ni una nube obscurecía el azul claro y eterno del firmamento; las aves cantaban y la fragancia de las flores del naranjo impregnaban la brisa de un perfume delicioso; había en la atmósfera esa suavidad reparadora tan peculiar del clima; las campanas de las iglesias llamaban a misa, en unísono con la santidad del día; parecía un verdadero sacrilegio que tanta quietud fuese perturbada por el ruidoso alboroto de la batalla...

Al despuntar el alba de ese día decisivo, grande para los destinos de la libertad y de Chile, el enemigo fué descubierto saliendo de la Hacienda del Espejo y mediante un movimiento de flanco, a punto de ocupar el camino de Santiago. La intención de Osorio al parecer, era de colocarse entre la ciudad y el ejército patriota, esperando así mejorar considerablemente su situación. San Martín puso inmediatamente su ejército en movimiento, avanzando sobre el enemigo en columnas cerradas y por medio de una marcha rápida, llegando a tiempo para frustrar la maniobra destinada a ocupar el camino real. Entonces Osorio deteniéndose, tomó su posición en la cumbre de la Loma frente a la Hacienda del Espejo, en el orden siguiente:

Su derecha estaba ocupada por el regimiento de Burgos (2) y su izquierda por el de los Infantes de don Carlos; el centro se componía de tropas reclutadas en el Perú y Concepción; estaban formadas en columnas cerradas, flanqueadas por cuatro escuadrones de dragones a la derecha y un regimiento de lanceros a la izquierda. El terreno que ocupaban era la cima de una loma.

El ejército patriota estaba dispuesto en columnas, como sigue: la izquierda era mandada por el general Alvarado; el centro por el general Balcarce; la derecha por el coronel Las Heras; y la reserva por el general Quintana. La acción comenzó hacia las once, abierta por la artillería patriota sobre la derecha, dirigiéndose a intervalos el cañoneo contra la izquierda avanzada de los

(1) Samuel Haigh y Santiago Barnard asistieron a la batalla de Maipú como espectadores, no como soldados. Haigh escribió un interesante libro («Sketches of Buenos Aires and Chile») de memorias publicado en Londres en 1829.

(2) En las «Instrucciones» que repartió San Martín a sus asistentes, pocas horas antes del combate, aconsejaba que al regimiento de Burgos se le debía cargar la mano «por ser la esperanza y apoyo del enemigo».

realistas. Antes de las doce, la acción se había hecho general. Al bajar la loma los Infantes de don Carlos, fueron recibidos por un fuego muy vivo de artillería del coronel Blanco, cuyos efectos eran visibles a cada descarga, sembrando la destrucción y el espanto en sus columnas. En este punto la batalla fué muy reñida y quedó largo tiempo indecisa.

En la derecha, los realistas tenían la ventaja; el fuego nutrido y bien dirigido del regimiento Burgos, introdujo la confusión en el ala izquierda de los patriotas, compuesto principalmente de negros que se dispersaron por completo, dejando en el campo cuatrocientos muertos. Fué en tan crítico momento cuando la reserva, mandada por Quintana, recibió orden de marchar. El Burgos había avanzado con tanta precipitación que un desorden parcial se había producido en sus filas y se había retirado a una cierta distancia, con el fin de formar, cuando la reserva patriota avanzó contra él, bajo un fuego nutrido, servido con admirable precisión y efecto, y con tanta regularidad como si las tropas hubieran estado en una parada. Fué éste, por cierto, el momento más indeciso de la acción y como tal fué considerado por Quintana quien, reforzado por un escuadrón de granaderos a caballo, dió la orden de cargar. (1).

El choque fué tremendo; el fuego cesó casi instantáneamente y los dos adversarios cruzaron las bayonetas. Los gritos de «Viva el Rey», «Viva la patria» demostraban que cada pulgada de terreno era desesperadamente disputada; pero nosotros, en medio del humo y de nubes de tierra, apenas pudimos darnos cuenta de qué lado se inclinaba la victoria. Al fin, fué extinguiéndose gradualmente el grito de combate que proferían los realistas, y el avance de los patriotas haciendo retumbar el aire con «Vivas a la Libertad», anunciaba que la jornada era nuestra.

Cuando el Burgos vió deshechas sus líneas, abandonó toda idea de ulterior resistencia, huyendo en todas direcciones, principalmente hacia la Hacienda de Espejo. Fué perseguido por la caballería y destrozado sin merced. La matanza fué enorme y he oído de boca de varios oficiales que habían servido en Europa, que jamás habían presenciado una escena más sangrienta.

(1) El señor Gastón F. Tobal acaba de publicar las «Memorias» de este preclaro general. Si nos atenemos a sus afirmaciones (pág. 47), la victoriosa carga que ejecutó la reserva a sus órdenes no fué por mandato del general en jefe sino por su propia inspiración.

Casi al mismo tiempo en que tenía lugar la carga contra el ala derecha del enemigo, el coronel Las Heras había derrotado su izquierda que se había retirado igualmente a la Hacienda. En el centro, la acción estaba empeñada con suma determinación, hasta que viendo deshechas sus dos alas, los españoles cedieron y la derrota se hizo general, retirándose en precipitada fuga. (1).

*
* *

El último baluarte de los realistas en territorio chileno fué la Hacienda de Espejo, inmensos campos de viñedos, galpones y corrales. Tenía además tres grandes cuerpos de edificio rodeados por muros de tapia capaces de dar protección a unos mil combatientes. Al ser derrotados los diversos cuerpos del ejército realista penetraron en la Hacienda y la fortificaron.

Las Heras comprendiendo el peligro que existía si los realistas llegaban a atrincherarse sólidamente en la Hacienda, avanzó por el callejón que a ella conduce. Estaban los patriotas a poca distancia de los edificios cuando fueron barridos por la metralla enemiga. Una segunda descarga acribilló de una manera cruel al valiente comandante Thompson y ciento veinte de sus soldados quedaron tendidos en el suelo. La victoria enemiga fué pasajera: casi todo el ejército patriota se presentó en la Hacienda y cargó sobre las posiciones del enemigo. Los patriotas fueron recibidos por un vivo fuego de mosquetería, desde las puertas, ventanas y troneras de las casas. La derrota de los enemigos era evidente; ya no hicieron resistencia y al grito de «sálvese quien pueda» se deslizaron fuera de la Hacienda con toda velocidad, refugiándose muchos en los grandes viñedos próximos a los edificios. La derrota realista era completa y la victoria de las armas patrias mayor de lo que se había esperado y deseado.

De los jefes realistas sólo Osorio y Rodil pudieron salvarse. Quedaron en el campo de batalla unos trescientos muertos y toda la artillería, banderas y armamento de los enemigos. Entre los 2.300 prisioneros se contaba un general, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles, 150 oficiales y unos 2.250 prisioneros de tropa. Los patriotas perdieron más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo.

(1) Haigh, «Sketches», págs. 219-221.

Entre los jefes realistas que cayeron prisioneros estaban Ordóñez, Primo de Rivera, Morla, Morgado, Beza y Latorre. Las Heras con su acostumbrada hidalguía los tomó bajo su protección y se esmeró en que sus valientes adversarios, una vez rendidos, no experimentaran la crueldad de la soldadesca desenfrenada.

*

* *

O'Higgins no había asistido a la batalla, ni debía, ni podía. Había sido tan gravemente herido en la noche del 19, que los médicos habían declarado que le podría ser fatal la fatiga del servicio activo. Por esta razón había permanecido en la ciudad con algunas milicias, pero al oír los primeros tronidos de la batalla no pudo contenerse; y superando los dolores y el mal estado de su brazo, monta a caballo y al frente de una parte de la guarnición de Santiago, se dirige al teatro de la acción. En el camino un mensajero le informa que el ala izquierda del ejército patriota ha sido derrotada y esta noticia le estimula a llegar cuanto antes. Llega a la cima, donde se hallaba el ejército patriota, y presencia la victoria más completa.

San Martín marchaba sobre la Hacienda de Espejo, cuando oyó los vítores que le prodigaba el héroe chileno. «Con la excitación de fisonomía y de ademanes propia de un irlandés de raza» (1) llega O'Higgins a donde estaba el general en jefe y le echa al cuello desde a caballo su brazo izquierdo y exclama: «Gloria al salvador de Chile!». San Martín, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorrumpe: «General: Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta». Reunidos ambos adelantáronse para completar la victoria. Argentinos y chilenos no olvidarán jamás esta patética escena de su común historia.

*

* *

«Más que por sus trofeos, escribe Mitre, fué Maipu la primera gran batalla americana, histórica y científicamente considerada. Por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus hábiles maniobras tácticas sobre el campo de la acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es

(1) López. «Historia Argentina», t. VII, pág. 220.

militarmente un modelo notable si no perfecto... Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse a la batalla de Maipú, la de Boyacá, que fué su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho que fué su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipú, no habría tenido lugar ni Boyacá ni Ayacucho.

Vencidos los independientes en Maipú, Chile se pierde para la causa de la emancipación y con Chile, probablemente la revolución argentina... Además Maipú quebró para siempre el nervio militar del ejército español en América, y llevó el desánimo a todos los que sostenían la causa del rey desde Méjico hasta el Perú, dando nuevo aliento a los independientes. Chacabuco había sido la revancha de Sipe-Sipe; Maipú fué la precursora de todas las ventajas sucesivas. Tuvo además el singular mérito de ser ganada por un ejército derrotado e inferior en número a los quince días de su derrota, ejemplo singular en la historia militar» (1).

Los héroes de aquella jornada gloriosa, ya no existen. Han caído en el sendero de la vida vencidos por los años y no pocos, entre ellos Zapiola y Quintana, abrumados por la miseria y sin otra recompensa que la ingratitud y el olvido.

Sirva el recuerdo del primer centenario de la batalla de Maipú «para engolfarnos algunos momentos en las corrientes de la patria historia, beber en el raudal de las tradiciones nacionales y acercarnos, siquiera con el pensamiento, a las ilustres figuras del pasado» (2).

GUILLERMO FURLONG.

Marzo de 1918.

(1) Mitre. «Historia de San Martín», t. II, pág. 216.
(2) M. Pelliza. «Glorias Argentinas», pág. 39.

an Or-
e. Las
tección
los, no

podía.
los mé-
servicio
algunas
o pudo
brazo,
de San-
nsajero
derro-
ga a la
victoria

cuando
excita-
le raza»
echa al
gloria al
sangren-
il: Chile
de bata-
ntáronse
larán ja-

primera
siderada.
por sus
así como
armas, es